

Título: Iglesia y Predicación | Serie: Iglesia Relevante | Vida Abundante Coronado
Marcos 4:1-20

Introducción

“¿Para qué ir a escuchar a alguien hablar de la Biblia si puedo leerla en mi casa?” Es una pregunta válida. Vivimos en una época donde casi todo se hace solo: aprendemos solos, trabajamos solos, comemos solos...

Cuando la fe se vuelve algo individual, reunirse parece opcional. Pero la Biblia muestra lo contrario. Jesús envió a su iglesia a una misión que se vive en comunidad. La exposición pública de la Palabra no es opcional, es parte del diseño de Dios.

- Venimos a exponernos a lo que Dios decidió hablarnos. Eso requiere más que presencia física. Requiere un corazón preparado.
- Así como nos arreglamos por fuera para venir a la iglesia, Jesús enseña que lo más importante es cómo venimos por dentro.

La Parábola

«¡Pongan atención! Un sembrador salió a sembrar...

Pero las otras semillas cayeron en buen terreno...

y produjeron una cosecha que rindió hasta treinta, sesenta y cien veces más.»

(Marcos 4:3,8)

- Jesús cuenta esta parábola para explicar por qué la misma Palabra produce resultados distintos en personas. Los discípulos no entienden y Jesús les dice:

«¿No entienden esta parábola? ¿Cómo podrán entender las demás?»

(Marcos 4:13)

- Esta parábola ayuda a entender qué pasa cuando alguien oye y nada cambia.

«El sembrador siembra la palabra...

otros son como lo sembrado en buen terreno: oyen la palabra, la aceptan y producen...» (Marcos 4:14,20)

A todos llega la semilla. Todos oyen. Solo algunos la aceptan. El suelo es el corazón.

Aceptar no significa dejar de pensar. Jesús mismo llama al discernimiento en todo el evangelio. El problema no es discernir; el problema es bloquear la Palabra por orgullo.

«Acepten con humildad la palabra que Dios ha sembrado en el corazón.» (Sant 1:21)

El Requisito — La aceptan

«...oyen la palabra, la aceptan y producen...»

(Marcos 4:20)

El buen terreno no solo oye; acepta. El suelo es el corazón. Aceptar no significa dejar de discernir. Jesús llama a examinar todo. El problema no es pensar; el problema es usar el orgullo para bloquear la Palabra.

«Acepten con humildad la palabra que Dios ha sembrado en el corazón.»

(Santiago 1:21)

Hay corazones donde la semilla no logra germinar:

Corazón consumista

Vivimos en una cultura que nos entrenó para evaluar todo. Restaurantes, películas, servicios. Esa mentalidad puede entrar a la iglesia. Llegamos esperando que el culto nos guste.

- El centro deja de ser Dios y pasa a ser mi experiencia. Pero la adoración no se trata de si yo salgo satisfecho; se trata de si Dios es honrado.

«Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes.»

(Santiago 4:6)

- El orgullo convierte la fe en consumo. La humildad nos recuerda que venimos a adorar, no a calificar.

Corazón selectivo

Todos tenemos gustos. Algunos predicadores nos conectan más que otros. El problema aparece cuando cerramos el corazón porque el mensajero no es el que preferimos. Dios decide cómo hablarnos. Nuestra tarea no es elegir al portavoz, sino recibir la Palabra cuando Cristo es predicado fielmente.

«¿Qué es Apolos? ¿Y qué es Pablo? Nada más que servidores...»

(1 Corintios 3:5-6)

- No seguimos celebridades espirituales. Seguimos a Cristo. Los predicadores son servidores, no dueños de la verdad.

Corazón editor

A veces venimos a la iglesia esperando escoger los temas que queremos: esto sí lo acepto, esto no. Lo cómodo entra. Lo que incomoda lo evitamos.

Pero el evangelio no toca solo una parte de la vida. Abarca todo: dinero, carácter, decisiones, relaciones.

«Háganlo todo para la gloria de Dios.» (1 Corintios 10:31)

- Todas las áreas de la vida necesitan dirección de Dios. La Palabra no solo consuela; también corrige y enseña cómo vivir.

El Resultado

«...oyen la palabra, la aceptan y producen una cosecha...» (Marcos 4:20)

El corazón que acepta la Palabra produce fruto.

«Mi Padre es glorificado cuando ustedes dan mucho fruto.» (Juan 15:8)

«Amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.» (Gálatas 5:22-23)

Dar fruto: un cambio visible en el carácter. No ocurre de golpe. Es un proceso. Jesús habla de treinta, sesenta, cien. Crecimiento progresivo.

Conclusión

«Cuando alguien oye la palabra... viene el maligno y arrebató lo que se sembró en su corazón.» (Mateo 13:19)

- El enemigo roba la semilla con pensamientos simples: “eso no es para mí”, “ya lo sé”, “tal vez después”.
- La respuesta no es esforzarme humanamente. Es mirar a Jesús. Él ya enfrentó al enemigo y lo venció. Donde nosotros caemos, Él permanece.
- Todo empieza con un corazón humilde que recibe la Palabra. El crecimiento vendrá. Jesús prometió que la semilla en buen terreno produce.

Hoy treinta.

Mañana sesenta.

Un día cien.